La casa que aprendió a ser cometa

Por Shyvirelle

La casa empezó a desmontarse por el techo. Ida soltó las cuerdas del lado norte y el viento de noviembre infló la tela azul como una mejilla. Tomás sujetó el poste central para que no cayera sobre los bancales. Alrededor de ellos quedaron al descubierto las cosas pequeñas: una marca de altura en un listón, un clavo torcido donde colgaba la sartén, el círculo pálido de una mesa sobre la tierra.

No era una casa de ladrillos. Su abuelo había levantado la estructura con madera ligera y cuatro grandes paños de tela encerada, porque el valle les prestaba un huerto durante los meses templados. Cada invierno la desarmaban antes de que llegaran los vientos capaces de arrancar las estacas. Ese año, además, la familia se mudaría a la otra ladera del valle. Ida y Tomás sabían que el sitio del fogón no volvería a ser el mismo.

—Podríamos dejar una pared —dijo Tomás.

—Una pared sola no es una casa —respondió Ida, aunque a ella también le dolía enrollarla.

En la tela del techo, extendida ahora sobre el suelo, seguían las manchas de todas las estaciones: una aureola de lluvia, tres puntadas rojas que habían añadido para tapar un agujero y el trazo amarillo de una cometa que su abuela pintó cuando ellos eran pequeños. Tomás acarició la pintura descascarada.

—Hagamos una cometa de verdad —propuso—. Solo una vez, antes de guardarla.

Ida pensó que era una manera complicada de retrasar el trabajo. La tela pesaba demasiado para volar como los rombos de papel que compraban en la feria, pero eligió no discutir. Anudaron cuerdas a las cuatro esquinas, llevaron el paño a la loma despejada y esperaron una ráfaga.

Tomás tiró de las dos esquinas del mismo lado. La tela se arrastró entre las piedras. Ida sujetó las otras dos, pero el centro se dobló y les cubrió las botas.

—Parece una manta enfadada —dijo Tomás.

Probaron con un palo atravesado, luego con dos. Nada. Cuando Ida estaba a punto de rendirse, Tomás corrió al lado opuesto para evitar que una esquina se enganchara en un espino. Los dos quedaron sosteniendo extremos diagonales: él, la esquina azul; ella, la esquina roja. La tela se tensó de punta a punta y se levantó del suelo.

No subió mucho. Apenas la altura de una puerta. Sin embargo, el aire encontró un camino bajo el paño y lo sostuvo allí, curvado, como si recordara una forma que nadie le había enseñado.

—No aflojes —dijo Ida.

En el tejido apareció la silueta de una mesa, la sombra de una ventana y una mujer arrodillada con una aguja. Ida supo que era su abuela arreglando el techo una tarde de lluvia. No era una visión que flotara encima de la tela. Los hilos mismos se habían aclarado y oscurecido para formar la escena; el dibujo vivía en la trama, pequeño y preciso.

Tomás se echó a reír.

—¡Mira cómo sostuvo la aguja con los dientes! Siempre decía que no lo hacíamos nosotros.

Ida mantuvo la cuerda tensa. Quiso mirar un segundo más, pero la ráfaga cambió y el paño rozó el pasto. La figura se deshizo en manchas de azul. Intentó levantarlo desde el mismo sitio. Esta vez no apareció nada. No bastaba con pedirle a la tela que recordara: había que colocar el viento y las manos de una forma concreta.

—Cambiemos de esquinas —dijo Tomás.

Pasaron alrededor del paño sin soltarlo a la vez. En vez de la diagonal azul y roja, Tomás tomó la esquina verde e Ida la amarilla, las otras dos esquinas opuestas. Con la siguiente ráfaga apareció otra

escena. Era de noche, y dos niños muy pequeños dormían sobre una colchoneta mientras, afuera, un relámpago iluminaba los postes. Entre ellos había un cuenco con una sola ciruela.

—Eso lo pusiste tú —dijo Ida—. La primera vez que te quedaste despierto durante una tormenta. Dejaste la ciruela ahí para desayunar, por si al día siguiente no podíamos salir.

—Yo recordaba una manzana.

—Era una ciruela. Se pudrió antes de que amaneciera.

Tomás observó los perfiles dormidos en la tela. No vio una casa perfecta. En la escena había goteras y una pierna que sobresalía del colchón. Era distinta de la anterior: no la abuela trabajando, sino ellos dos en un momento de miedo compartido. Cada par de esquinas opuestas, sostenido desde una posición distinta, dejaba a la vista un dibujo diferente de la vida que había pasado bajo el techo.

—Quizá si seguimos cambiando podamos verlo todo —dijo él.

Ida miró los tablones desmontados al pie de la loma. Las cuerdas antiguas se habían gastado; las tablas estaban marcadas para trasladarlas y el suelo donde había estado la cocina ya empezaba a cubrirse de hojas. Podían descubrir escenas, pero ninguna escena levantaba paredes.

—Podemos mirar lo que alcance la tarde —respondió—. Después hay que secarla. Si la guardamos mojada, el próximo año no servirá para nada.

Alternaron sus puestos una vez más. Ida tomó ahora la esquina azul y Tomás la roja, recuperando la primera diagonal desde los lados contrarios. Volvió a aparecer la abuela con la aguja. Tomás creyó distinguir, por fin, un dedal en la mano que antes había tomado por un botón; Ida vio una gotera que no había recordado. Se rieron, no porque el tejido contara toda la verdad, sino porque sus recuerdos podían cambiar de perspectiva sin que la casa regresara.

Por un instante la cometa subió un poco más. Desde el camino se veía un rectángulo azul inclinado entre dos hermanos, sin casa debajo. Ida sintió que sostenerlo era más difícil que dejarlo ir. Si una mano soltaba del todo, el paño caería de cualquier manera; si apretaban demasiado, el hilo se rompería. Encontraron una tensión que no dolía y lo mantuvieron allí hasta que el viento comenzó a enfriarse.

Entonces bajaron la tela sobre la hierba seca, desenredaron las cuerdas y la extendieron al sol bajo. Volvieron al terreno de la casa, recogieron el último listón y taparon el antiguo fogón con tierra. No intentaron dibujar una puerta en la pared ausente.

Cuando la tela estuvo seca, la plegaron dejando la esquina azul por fuera, para reconocerla al año siguiente. Ida escribió en una etiqueta de madera: «Abrir en la loma si hay viento; dos esquinas opuestas». Tomás añadió por detrás: «No olvidar secarla».

Guardaron el bulto en el carro con los postes y salieron hacia la otra ladera. El huerto quedó vacío, pero no pareció abandonado. Había tierra removida, semillas de invierno y un camino que todavía podían recorrer.

—¿Crees que el año que viene veremos otra escena? —preguntó Tomás.

—Puede ser —dijo Ida—. O quizá veremos la misma de otra forma.

No miraron atrás para comprobar si la casa volvía a levantarse. Sabían que no iba a hacerlo. Entre los dos, sobre el carro, llevaban una tela que por un rato había aprendido a ser cometa y que ahora les correspondía cuidar.